

Violencia sexual: dimensión simbólica e impacto en la vida de las mujeres

Informe resumen de la formación



Un informe de SUDS, con la colaboración de Actoras de Cambio de Guatemala.



Autoras: Rosa G. Graell y Carme Vidal Estruel.

Portada: col·lage de Lucrecia Baquero con ilustraciones de Andrea Stöckel.

Julio 2021

Este informe se enmarca dentro del proyecto ‘Tejiendo redes comunitarias para promover vidas libres de violencias machistas y transformar imaginarios y prácticas que sostienen violencia sexual, racismo y discriminaciones hacia mujeres indígenas de Guatemala’. La información contenida es responsabilidad de las autoras y de la organización SUDS. No refleja necesariamente la posición del financiador.

Con el apoyo de la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo.



**Agència Catalana
de Cooperació
al Desenvolupament**



**Generalitat
de Catalunya**

Explicar, en el sentido de llegar a comprender, qué es la violencia sexual, es un reto incómodo. Así pues, pensar una sesión de formación para profesionales bajo el título “Violencia sexual: dimensión simbólica e impacto en la vida de las mujeres” ha sido un proceso de aprendizaje significativo también para nosotras, las docentes.

La incomodidad que experimentamos cuando nos aproximamos y exploramos la violencia sexual radica en la activación de los procesos de identificación que se movilizan. En los contextos formativos, a veces, se establecen conexiones que nos llevan a resituar y significar las propias vivencias. La violencia sexual está integrada en los comportamientos cotidianos y su reproducción se articula a través de la minimización y la naturalización: chistes, canciones, videojuegos, publicidad, literatura, revistas, caricaturas, titulares de prensa, películas e incluso, conversaciones cotidianas de las que participamos.

De hecho, la observación insidiosa y permanente, a través del comentario gratuito y del juicio sancionador del cuerpo de las mujeres, es una de las estrategias más poderosas de la violencia sexual, porque nos habitúa a un contexto de hostilidad que es difícil de percibir pero que tiene una afectación muy grande en la vida de las mujeres: condiciona nuestra propia subjetividad, limita la libertad para decidir sobre nuestro cuerpo y nos impide la posibilidad de ir y venir sin sentir miedo. De aquí que se haya hecho mundialmente famosa la frase: “Cuando vuelvo a casa quiero ser libre, no valiente.”

La violencia sexual está integrada en los comportamientos cotidianos y su reproducción se articula a través de la minimización y la naturalización.

La minimización y la normalización de la violencia sexual dificulta la identificación por parte de las mujeres y profundiza los procesos de culpabilización y responsabilización y, de este modo, la impunidad de los victimarios aumenta. La reprobación social no se dirige a quién agrede sexualmente a una mujer, sino que se focaliza en la mujer que ha sufrido la agresión, se cuestiona la respetabilidad, la indumentaria, el maquillaje y el tono de voz... Porque aquello que se indaga es si ella dio pie, y esta es una cuestión que es urgente revisar, puesto que la idea de que las mujeres damos pie a sufrir violencia sexual es, en ella misma, violencia sexual.

«La mayoría de las veces, una mujer que habla de su violación empezará por llamarla de otra forma». Esta estrategia de la miopía tiene su utilidad. Porque a partir del momento en que una le dice violación a su violación, todo el aparato de vigilancia de las mujeres se pone en marcha: ¿querés que se sepa lo que te pasó? ¿Querés que todo el mundo te vea como una mujer a la que le pasó? ¿Y, de todas formas, cómo podés haber salido viva de eso sin ser una trola patentada? Una mujer que aprecia su dignidad hubiese preferido que la maten. Mi supervivencia, en sí, es una prueba que habla en mi contra.

Teoría King Kong, Virgine Despentès

Además de vivir desde la infancia sabiendo que nuestros cuerpos no serán respetados, que cualquier hombre tiene el derecho de abusar verbalmente de nosotras cuando estamos en la calle, que podemos esperar lo peor en el caso de encontrarnos solas y fuera de casa al caer la noche, dicho fenómeno supone que una vez que nos han agredido sexualmente las juzgadas somos nosotras. Como ya sabemos, las preguntas acerca de que vestido llevábamos, de si opusimos suficiente resistencia frente a la agresión o las indagaciones respecto a nuestra reputación sexual —a ojos de la policía, por ejemplo, las trabajadoras sexuales no tienen derecho alguno a ser protegidas frente a las violaciones— son cuestionamientos recurrentes a la hora de denunciar una violación. Como consecuencia de ello, la mayor parte de la violencia sexual contra las mujeres acaba por no ser denunciada, al transformarse los encuentros con la policía y las vistas en los tribunales en otra forma de agresión.

Silvia Federicci, Prólogo del libro *Microfísica sexista del poder*

Hace mucho tiempo que acompañamos procesos de formación en abordaje de las violencias machistas y la experiencia docente nos confirma la importancia de crear un contexto que sea confortable y seguro. Un contexto que nos permita superar la falacia de la externalización de la violencia machista, acoger aquellas vivencias que nos atraviesan y tomar conciencia de que aquello que se explica, forma parte e impacta en la vida de las mujeres de manera significativa, la de todas las mujeres. Por esta razón, justamente, ésta ha sido una formación en que hemos valorado muchísimo la confortabilidad de todas las personas participantes.

¿Qué es la violencia sexual?

Responder a esta cuestión es posicionarse, no respecto del futuro que se proyecta posible, sino en relación con el presente que habitamos y nos conforma, es tomar conciencia del alcance y la dimensión estructural de la violencia sexual y del aparato simbólico que la reproduce, es, también, responsabilizarnos de los aprendizajes que hemos integrado, de cómo los confrontamos y de qué manera nos damos marco de comprensión para poder transformarlos.

La violencia simbólica señala una tipología de violencia amortiguada, invisible y difícilmente identificable que se ejerce a través de las construcciones que se articulan mediante el lenguaje, la comunicación y el conocimiento. Nerea Barjola, autora de *Microfísica Sexista del poder*, escribe en relación a la violencia simbólica que es difícil de captar, imposible de regular, de verbalizar, a la que es complicado conferirle existencia. En consecuencia, la tarea de aproximarnos y explorar la dimensión simbólica de la

El patriarcado impone el control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres. La violencia sexual vertebró el sistema patriarcal, es la estrategia que cancela, o lo pretende, la acción política de las mujeres.

violencia sexual ha sido un reto importante.

El patriarcado impone el control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres. La violencia sexual vertebró el sistema patriarcal, es la estrategia que cancela, o lo pretende, la acción política de las mujeres. Es justamente por esta razón que es necesario desarticular el análisis de la violencia sexual como fenómeno vinculado a la intimidad y empezar a establecer su dimensión política, dado que su impronta es profundamente colectiva y tiene una afectación inconmensurable en la vida de las mujeres, de todas las mujeres, a lo largo de su ciclo vital y a lo largo de la historia.

En este sentido, pensar un contexto pedagógico que nos permitiera compartir, desde el cuidado, ha sido un elemento capital, porque éramos plenamente conscientes que muchas de las mujeres que participarían en la sesión podían encontrar elementos de comprensión para nombrar su experiencia singular y reconocerse desde el relato colectivo. Por este motivo, en esta formación hemos evitado las narraciones revictimizadoras que contribuyen a la difusión del terror y al aprendizaje del miedo, y hemos hecho una apuesta decidida para trabajar los marcos de comprensión a partir de herramientas de análisis que ofrezcan una aproximación cuidadosa y que, a la vez, nos procuren estrategias para sanar los efectos que la violencia sexual tiene en la vida de las mujeres.

Lilith es la memoria del acto fundacional del patriarcado y es origen y genealogía de otro orden simbólico y material del mundo.

Es por esta razón que en esta sesión situamos, como punto de partida, el análisis de los mitos fundacionales para poder explorar qué es la violencia sexual. Nuestra sesión empezó con un trabajo de relectura de las figuras de Lilith y Eva, un trabajo en el que las hemos puesto en relación de diálogo para advertir sobre la imposición de la violencia sexual en el proceso fundacional del patriarcado, como sistema que pretende ordenarnos y ordenar el mundo.

Lilith es la memoria del acto fundacional del patriarcado y es origen y genealogía de otro orden simbólico y material del mundo. Lilith se negó a la disponibilidad sexual para complacer a Adán, y esta decisión le comportó un castigo feroz. Pero su NO es una oportunidad para poder proyectarnos y construir un contexto de convivencia en que la violencia sexual sea impensable.

Lilith es, en la tradición hebrea, la primera mujer: dios creó a la mujer y al hombre de la misma materia. Pero un buen día, Adán quiso imponer una práctica sexual a la que Lilith se negó. En aquel entonces, este tema todavía no se había tocado y, ¡oh sorpresa!, en un momento de nada, dios padre todopoderoso culpó a Lilith de no transigir, la castigó, la expulsó del paraíso y le dio una apariencia monstruosa. Condenada a encarnar la idea del mal, Lilith no puede ser reconocida, la maldición es el silencio, y la cancelación del sentido de su acto nos despoja del horizonte de posibilidad de una sociedad que rechaza la violencia sexual. El sentido del acto de Lilith nos dice que es posible una cultura en que la violencia sexual sea impensable. Y, con la condena y el destierro de Lilith se inaugura el patriarcado como sistema que cancela la sexualidad libre de las mujeres y pretende su subyugación a los designios de los hombres.

El contrato social es una historia de libertad, el contrato sexual es una historia de sujeción. La dominación de los varones sobre las mujeres y el derecho de los varones a disfrutar de un libre acceso sexual a las mujeres es uno de sus puntos (...)

Carol Pateman, El contrato sexual

Pero, como nos muestra Lilith tras ser condenada a vivir en los márgenes de la historia, las mujeres nunca hemos claudicado a cumplir con el papel de tuteladas y subalternas y su acto es origen de la historia de la disidencia de las mujeres al patriarcado. Lilith es también quien pregunta a Eva si quiere saber, si quiere conocer cómo se fundó el patriarcado, dónde está inscrito. Y Eva eligió saber, escogió conocer. Pero en el momento en que Eva comprende, cuando come de la manzana prohibida, el patriarcado ya es el sistema, es quien dicta las reglas del juego y quien se sirve de la violencia sexual contra las mujeres para imponerse.

La libertad de Lilith es su NO al patriarcado. Un NO que, a lo largo de la historia, hemos escuchado en la voz de muchas mujeres, un NO que es una apertura para que dejemos de asumir el patriarcado como única medida del mundo y de la vida. La libertad de Eva es desprenderse del patriarcado, ponerle fin como sistema que pretende ordenar el presente que habitamos. Y ambos movimientos son urgentes e imprescindibles. Este es el trabajo de cada día. El trabajo que nos pide no asumir el desorden que es y que representa la violencia sexual.

En la relación de Lilith y Eva podemos escuchar y reconocer el sentido de la confianza necesaria entre mujeres, la sororidad como estrategia de superación de los marcos de la violencia sexual, y el acto de desobediencia al patriarcado: el atrevimiento de morder la manzana. Las figuras de Lilith y Eva han sido un hilo imprescindible del que tirar en esta sesión de formación: ellas han abierto la oportunidad de pensarnos con agencia, reconocernos las herramientas para poder transformar la realidad que habitamos y acometer nuestro trabajo con la firme intención de erradicar la violencia sexual y el patriarcado, de nuestras vidas y del mundo.

El patriarcado pretende – lo ha hecho desde el momento de su fundación – imponer el principio de superioridad masculina como primera jerarquía humana a través de la violencia hacia las mujeres. Observaréis que cuando hablamos del patriarcado siempre referimos su pretensión, el intento permanente de conseguir imponerse a través de todos los medios necesarios. Esta palabra es relevante y significativa. Por un lado, porque nos permite situar todo el trabajo de disidencia y señalar que, en palabras de María Milagros Rivera Garretas, el patriarcado no ha ocupado nunca todos los espacios ni la vida entera de una mujer; y, por otro lado, porque abre el marco de análisis de la violencia sexual como uno de los medios políticos imprescindibles del sistema patriarcal para imponerse.

(...) la violación se dirige al aniquilamiento de la voluntad de la víctima, cuya reducción es justamente significada por la pérdida del control sobre el comportamiento de su cuerpo y el agenciamiento del mismo por la voluntad del agresor. La víctima es expropiada del control sobre su espacio-cuerpo. (...)

¿Por qué la violación obtiene ese significado? Porque debido a la función de la sexualidad en el mundo que conocemos, ella conjuga en un acto único la dominación física y moral del otro. (...) Es por esto que una guerra que resulte en exterminio no constituye victoria, porque solamente el poder de colonización permite la exhibición del poder de muerte ante los destinados a permanecer vivos.

Laura Rita Segato, La guerra contra las mujeres

En esta línea, en el transcurso de la formación, propusimos algunas herramientas para comprender que la violencia sexual es, también, el sistema simbólico que articula y significa la lectura del cuerpo de las mujeres mediante estrategias narrativas que el sistema patriarcal ha institucionalizado y ha legitimado. La cultura, en todas sus manifestaciones, crea contenidos acordes a aquellos sistemas de creencias que ocupan la posición hegemónica, una posición que hasta este momento el patriarcado monopoliza y desde la cual se prioriza la integración de la violencia sexual mediante la minimización, la naturalización y la normalización de los discursos que responsabilizan y culpan las mujeres.



El cuadro Susana y los viejos (1610), de la pintora italiana Artemisa Gentileschi, es solo un ejemplo, en la misma línea que el Rapto de las Sabinas como acto fundacional de la ciudad de Roma o el relato del sorteo de las mujeres troyanas en la obra homónima de Eurípides. Vivimos y crecemos rodeadas de relatos de violencia sexual, relatos que confluyen en la idea que nada podemos hacer al respecto.

Sin embargo, hay un cambio profundo y simbólico que es urgente traer al mundo: la inviolabilidad del cuerpo de las mujeres. Es preciso gestar una cultura que reconozca que el cuerpo de las mujeres es inviolable. De forma que una mujer, cualquier mujer, en cualquier momento, pueda situar su NO, sin miedo a la cólera masculina.

Un ataque sexual, consumado o no, enseña a las mujeres la siniestra intimidad que puede existir entre su sexo, los apetitos de un hombre y la muerte. Allí aprenden que hay hombres que quieren cobrarles caro el simple hecho de ser mujeres. Que lo que facilita a un varón someter con más o menos saña a una mujer es esa zona gris que existe entre el consentimiento y la resistencia. Zona gris que permite confundir terror con aquiescencia, rechazo con retaceo erótico. Aprenden que, por esa misma razón y por el desquicio que produce la vivencia de lo siniestro, de todo eso es difícil hablar: las palabras resultan mezquinas y traicionan. Por último, aprenden también que habrá muchos que querrán castigarlas por intentarlo.

Inés Hercovich, La violación sexual: Cuando consentir es resistir

La fragmentación del cuerpo de las mujeres a través de la construcción de una sexualidad reproductiva y heteronormativa, la cosificación que nos despoja del deseo propio y nos sitúa como mediación requerida de la expresión del deseo masculino, la sexualización del cuerpo y de todo aquello que hacemos mediante una codificación que nos cancela la agencia y nos usurpa la oportunidad de significarnos desde nosotras mismas...

La violencia sexual está también en la imposición de la mediación masculina. En las sociedades patriarcales, la mirada masculina ocupa una posición de privilegio: significa el mundo y dicta las sentencias que nos aprueban, nos cuantifican, nos confrontan y nos validan. La devolutiva de la mirada masculina nos instruye en el aprendizaje de inadecuación del propio cuerpo, un cuerpo que nunca se ajusta al estándar que fija la norma. Así pues, el canon de belleza es, en él mismo, una estrategia de control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres.

Por todo esto, durante la formación, incidimos en cómo y de qué manera las mujeres construimos nuestra propia subjetividad, y también nuestra subjetividad colectiva dentro de las sociedades patriarcales, y cuáles son las herramientas que tenemos disponibles para deshacernos de aquellos aprendizajes que nos colocan en una posición de sumisión desde el orden simbólico. Es bien cierto que la herramienta primera y más urgente es identificar estos aprendizajes en una misma para luego poder desarticularlos colectivamente. Revisar la práctica profesional requiere de la toma de conciencia de los procesos a través de los cuales nos hemos aprendido para transformarlos en materia prima del trabajo que es acompañar a otras mujeres a identificarse y sanar los efectos que la violencia sexual ha dejado en sus vidas.

Hablar nos beneficia, escribió Audre Lorde, y *la transformación del silencio en lenguaje-acción articula un compromiso radical que abre las puertas a un sinnúmero de cambios de carácter colectivo y también personal*. Así pues, si seguimos las palabras de Audre Lorde, comprobamos que el primer movimiento para poder erradicar la violencia sexual es hablar, superar la incomodidad y romper el silencio y el tabú para poder comprender cuáles son las estrategias que la vuelven invisible al análisis y multiplican los impactos en nuestros cuerpos y nuestras vidas.

En este sentido, y a modo de conclusión, valoramos muy positivamente esta experiencia y situamos, a partir de estas dos sesiones, la necesidad de disponer de contextos de aprendizaje en esta dirección, puesto que hemos observado que para poder capacitar a los equipos profesionales es imprescindible el abordaje de la violencia sexual desde la dimensión simbólica, comprender cuáles son los procesos y los factores de vulnerabilidad y cuáles las herramientas para poder acompañar los trabajos de sanación de las mujeres.